

# Estados Unidos defrauda al mundo

Simon Retallack



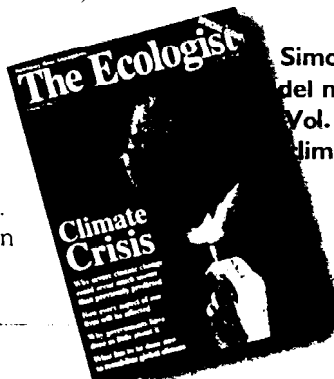
Estados Unidos está bloqueando la adopción de medidas eficaces contra el cambio climático. Foto: GREGORIO ÁLVARO

**N**o habrá una solución satisfactoria para el problema, cada vez más grave, del cambio climático sin la participación total y activa de los Estados Unidos. Con sólo el 4% de la población mundial, los EE UU son responsables de casi un 25% de las emisiones mundiales de gases de efecto invernadero. Los EE UU emiten per cápita cinco veces más que la media mundial, y más que ningún otro país del mundo (con alguna excepción anecdótica); por consiguiente, si no se toman medidas significativas para reducir las emisiones en este país y para ratificar el protocolo de Kioto, el perjuicio para todo el mundo será enorme. La naturaleza de la respuesta de la clase política estadounidense al problema del cambio climático es, por lo tanto, de gran importancia para el resto del mundo.

## El historial de la Administración Clinton

Se reconoce generalmente que Bill Clinton y Al Gore son los primeros líderes políticos de EE UU que han reconocido públicamente la gravedad del problema del cambio climático. La Administración Clinton ha tenido cierto éxito en establecer entre los estadounidenses en los dos últimos años la legitimidad del problema del cambio climático. Y, en la diplomacia de EE UU, David Sandalow (asesor presidencial sobre temas ambientales internacionales) sostiene que el cambio climático “ha alcanzado un nivel reservado para las otras grandes cuestiones de nuestro tiempo”. Ha habido también

unas cuantas iniciativas domésticas loables; así, la Administración ha establecido una nueva *colaboración* con los tres grandes fabricantes de coches estadounidenses (Ford, General Motors y Chrysler) para producir coches que alcancen en el 2001 el triple de la eficiencia en el uso del combustible que los modelos de hoy día, y para estimular su adquisición, concederá un crédito de 3.000 dólares sobre los impuestos. Clinton ha aumentado también la inversión pública en sistemas de transporte colectivo y en



Simon Retallack es el editor invitado del número especial de *The Ecologist* Vol. 29, nº 2, 1999) sobre el cambio climático (artículo *How US Politics is Letting the World Down*)

Traducción y adaptación:  
Juan C. Rodríguez Murillo

programas de energías renovables y eficiencia energética. La Administración también ha definido nuevas normas para equipos y aparatos que aumentarían su **eficiencia** en el uso de la energía.

Todo ello, sin embargo, es muy difícil que haga algo **más** que una pequeña **mella** en las emisiones **rápidamente** crecientes de gases de invernadero de EE UU. La política de EE UU en este campo ha sido un fracaso completo, incluso si se juzga con respecto al compromiso voluntario que este país **adoptó** en **Río** el **año** 1992 de reducir sus emisiones del año 2000 al nivel de 1990.

A finales de 1998 dichas emisiones superaban a las de 1990 en un 13% y esta previsto que lleguen a ser un 30% mayores que en 1990 en **sólo** 11 años más.

La mayor parte de las medidas de respuesta frente al cambio climático de la **Administración** son voluntarias, consistiendo en colaboraciones muy poco **firmes** entre el sector público y el privado (lo que le encanta a la industria, que así parece **más** ecológica sin que le cueste nada), con rendición de cuentas optativa y sin autoridad gubernamental que imponga medidas obligatorias. Los incentivos a las energías renovables son mínimos, lo que explica porqué la proporción actual de electricidad procedente de dichas **energías** sea de menos del 3% del total en EE UU, **cifra** que la Administración Clinton sólo aspira a aumentar **al 5,5%** para 2010.

Esta mala situación está exacerbada por los subsidios directos de más de 18.000 millones de dólares anuales que el gobierno de EE UU continúa dando a la industria de los combustibles fósiles, además de las exenciones de impuestos a la exploración, producción y **royalties** del extranjero, así como la protección militar en todo el mundo para asegurar el flujo continuo de petróleo, a través del mantenimiento de regímenes pro-estadounidenses en Estados petrolíferos, con un coste de 57.000 millones de dólares al año. Tampoco existe conciencia de la necesidad de prevenir el desarrollo de nuevas explotaciones de petróleo y **carbón**, lo que podría explicar porqué la oficina del vicepresidente **está** promoviendo la exploración petrolera en el mar Caspio (un enorme **depósito** sin explotar de unos 200.000 millones de barriles de

petróleo) por compañías estadounidenses. En contraste, la inversión en combustibles limpios y fuentes renovables de energía (**y** en ayudar a que disminuyan sus precios) es muy pequeña.

A pesar de los esfuerzos que la Administración Clinton **hizo** al respecto en el pasado, el plan sobre cambio climático no incluye ninguna nueva tasa sobre el uso de la energía o las emisiones de dióxido de carbono (CO<sub>2</sub>). Los precios de la energía en el país siguen estando entre los más bajos del mundo, estimulando **inevitablemente** un uso intensivo de ener-



**Exigiendo, en Gijón, menos emisiones de CO<sub>2</sub>. Foto: ECOLIXISTES N'ACCIÓN**

gía, y no parece existir ya la aspiración a cambiar este estado de cosas. Por ello, hay muy pocas esperanzas de lograr la reducción de emisiones en un **25-60%** que el Grupo **Intergubernamental** de Expertos sobre Cambio Climático (IPCC) consideró factible en países con bajos precios de la energía si se introdujeran en ellos impuestos energéticos.

El consumo de los coches nuevos está aumentando en la actualidad en EE UU, debido en parte al mayor uso de vehículos deportivos y a la ausencia de **normas** de consumo de combustible obligatorias y significativas en los vehículos. El uso del coche es subsidiado con cerca de 121.000 millones de dólares anuales, dinero gastado por el **gobierno** federal en carreteras que **sólo** servirán para aumentar el uso de los coches. Por cada dólar de fondos federales para el transporte público, el coche recibe 7. En conjunto, el historial de la administración Clinton en la ejecución de políticas para reducir las emisiones de gases de invernadero ha sido "absolutamente **catastrófico**", en palabras de **Kalee Kreider** de Greenpeace-EE UU. Está claro que se ha hecho muy poco en comparación con lo que es necesario.

Los objetivos de reducción de emisiones de gases de invernadero que el gobierno estadounidense ha acordado son también motivo de gran preocupación. Para estabilizar las concentraciones de gases de invernadero a niveles seguros, el primer informe del **IPCC afirmaba** que se habrían de reducir inmediatamente las emisiones al menos un **60-80%** (respecto a los niveles de **1990**), y posiblemente **más**, dado lo que se conoce acerca de los posibles efectos devastadores de las retroacciones positivas en el sistema climático. En Kioto, sin embargo, los EE UU se comprometieron a reducir sus emisiones **sólo** el 7% respecto a los niveles de 1990 para el año 2012.

Quié la única forma en que la **Administración** puede afirmar que este objetivo es realista y **consegurable y agresivo y apropiado** es comparando las reducciones acordadas en Kioto con la evolución **prevista** de las emisiones de no cambiar las tendencias. Como dice **Katie McGinty** (asesora principal de política **ambiental** con Clinton durante los diez últimos años):

"Lograr una reducción del 7% respecto a los niveles de 1990 en doce años (desde hoy) significa reducir las emisiones de gases de invernadero en un 35% respecto al nivel que alcanzaran en esos doce **años** de mantenerse la tendencia actual. Esto es una tarea de titanes". Pero no sería tal si el gobierno hubiera actuado para que las emisiones no aumentasen fuera de control. Y aquí estriba el problema: el fracaso del gobierno y del congreso en tomar las medidas adecuadas para reducir las emisiones significa que los EE UU se encaminan hacia unas emisiones en el 2012 un 30% mayores que en 1990; el 2012 es el año en el cual se supone que se deben cumplir los objetivos de Kioto.

Además, una ojeada al propio comunicado de prensa del gobierno sobre el tema, revela que el compromiso estadounidense en Kioto no representa siquiera una reducción real del 7%. "El objetivo del 7% significa como máximo una reducción real del **3%...**", se nos dice con sinceridad. "El 4% restante resulta de ciertos cambios [que hicieron en Kioto los EE UU] en el modo en que se calculan los gases y los sumideros, y no refleja

ningún aumento del esfuerzo”.

Otra indicación reveladora de la naturaleza de la actitud de EE UU a la hora de afrontar el problema del cambio climático, la da el hecho de que en lugar de aceptar el desafío de reducir sus propias emisiones, este país ha buscado otros caminos más sencillos para eludir tal reto. La escapatoria potencial más importante, o *mecanismo flexible*, para usar el eufemismo diplomático, que los EE UU lograron introducir en Kioto es el comercio de emisiones. Las reglas concretas para este comercio están aún por establecer, pero si el mecanismo se desarrollara como desean los EE UU —y están presionando duramente para ello—, y si el precio de la tonelada de carbono emitida fuera bajo, el objetivo de Kioto no sólo se reduciría a un recorte del 3%, sino que podría llegar a ser un incremento en las emisiones. El comercio de emisiones permitirá a EE UU evitar tomar medidas domésticas importantes para reducir sus propias emisiones. Por estas razones, la mayoría de las organizaciones ambientalistas y los gobiernos europeos sostienen la necesidad de colocar un límite estricto a la reducción de emisiones que un país puede lograr comerciando y comprando cuotas en el extranjero. La Administración Clinton, sin embargo, se opone rotundamente a esta idea. Por un lado, los asesores de Clinton sostienen que “nuestra prioridad es lograr la reducción de emisiones dentro del país”, y por otro, insisten en tener el derecho sin trabas a adquirir todos los derechos de emisión en otros países. Al parecer, sin comercio de emisiones los EE UU no tienen verdaderamente ninguna idea o plan efectivo para reducir significativamente sus propias emisiones de gases de invernadero. ¿Cómo se explica esta preocupante situación? ¿Por qué Clinton y Gore, autoproclamados campeones del medio ambiente, no han podido hacer más para abordar lo que Gore llama “el problema más serio al que nos hemos enfrentado nunca”?

### Explicaciones de la falta de acción

Parte de la culpa de la situación es del propio presidente Clinton. Dada la trágica naturaleza de las posibles consecuencias del cambio climático, lo que se requería por parte de la Casa Blanca era una toma del mando decidida para reducir esas emisiones, para presentarse ante la opinión pública de su país y desafiar resueltamente al Congreso (de mayoría republicana) y a las grandes petroleras en

esta cuestión. En vez de ello, Clinton eligió dar prioridad a otros temas.

Contrastando con su actitud frente al cambio climático, Clinton dedicó un enorme esfuerzo a sacar adelante el NAFTA (Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte, ALCAN), incluso aunque el público temía la pérdida de empleos y la bajada de los sueldos que produciría este acuerdo. Para conseguir que se aprobara, cualquier favor que pidiera cualquier congresista era concedido. Como explica Brent Blackwelder, de Amigos de la Tierra de EE UU: “La administración Clinton puso todos sus huevos en la cesta del libre comercio, con el ALCAN, el GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio), el AMI (Acuerdo Multilateral de Inversiones), la *vía rápida*, el intento de aplicar el ALCAN a América Latina y el de ocultar los pecados del FMI dándole más dinero. Todo esto es mundialización económica”. El éxito de estos planes, además, tendrá numerosos efectos negativos sobre el clima del planeta (ver cuadro).

Hasta la fecha, Clinton y Gore han fracasado en asegurar que sus políticas económicas, especialmente en lo tocante al comercio y a la política fiscal, son compatibles con su objetivo confesado de prevenir el cambio climático. Por lo general, se han limitado a ser *hombres del tiempo*: hablan de los peligros del cambio climático, pero no hacen apenas nada por poner en la práctica las soluciones. A pesar de toda la retórica, Blackwelder afirma que la acción respecto a este tema fue apenas “una ocurrencia, y las cosas que propusieron es lo que se puede esperar de una ocurrencia”.

Otros observadores tales como Jennifer Morgan, del WWF, sostienen que un problema importante del enfoque de la Administración frente al cambio climático ha sido que “los economistas de la Administración”, tales como el secretario del tesoro, Robert Rubin, “han ganado”, y, en consecuencia, “la economía manda sobre todo lo demás en este tema”. Las análisis que ha hecho el WWF sugieren que los EE UU podrían “recortar las emisiones mucho más y de una forma económicamente viable”. Morgan, como muchos de sus colegas, cree que es la presión de las compañías petroleras, carboneras, eléctricas y automovilísticas la que “desvía la atención hacia el coste de la cuestión” e “impulsa a la Administración a no hacer nada”. Si este es ahora el caso, ello se debe no poco a que se acerca una campaña de elecciones presidenciales y, como indica Kreider, la Administra-

ción tiene que “recaudar fondos de las mismas empresas que los republicanos, y las industrias del petróleo y del carbón son los intereses privados mayores en la historia del mundo”.

La Casa Blanca de Clinton ha recibido ya al menos 12 millones de dólares en contribuciones de las grandes empresas de combustibles fósiles para el partido demócrata y el candidato. Ejecutivos individuales del petróleo y de las eléctricas contribuyeron a la campaña de Clinton y Gore en 1996 con otros 400.000 dólares adicionales. Los sindicatos del carbón y el sindicalismo en general han sido también “muy superficiales en esta cuestión”, dice Jennifer Morgan, “y no se debería olvidar el papel de los sindicatos en la política estadounidense”. Los trabajadores organizados aportaron 50 millones de dólares a la campaña demócrata de 1996, lo que les convirtió en un electorado clave para Clinton y Gore. En resumen, afirma Blackwelder, “la red de los combustibles fósiles tiene demasiadas influencias decisivas en la Administración”.

Los asesores presidenciales confirman este punto de vista de forma más suave y diplomática. “Tenemos literalmente cientos de miles de millones de dólares invertidos en infraestructuras”, explica Sandalow, “de un sistema energético basado en los combustibles fósiles, y eso es como dar la vuelta a un transatlántico”. Nos confirma que la Administración ha sido sometida a grandes presiones por parte de los intereses de los combustibles fósiles: “la Casa Blanca”, dice, “es muy consciente” de las preocupaciones empresariales acerca de los costes económicos de tomar medidas radicales. “Tomamos en consideración lo que dicen. Esto no es una dictadura, sino una democracia en la que los electores tienen papeles importantes y necesitamos persuadir a esa gente para que actúe”. El nivel de compromiso para persuadir o regular estos intereses ocultos, sin embargo, ha quedado muy por debajo de lo que sería necesario. Clinton, un experto nato en componendas, ansioso por complacer a todos, no ha querido desafiar a ningún gran sector económico y ha estado demasiado obsesionado por cortejar a los votantes cambiantes de clase media-alta como para arriesgarse a acaudillar cualquier acción radical sobre el cambio climático.

Con todo, no hay duda de que algunos miembros de la Administración habrían deseado hacer más, y ciertamente lo han intentado. Si no lo han conseguido se debe, en no poca medida, a los

grandes obstáculos que se encuentran fuera de la Administración.

## El congreso de los contaminadores

**Desde** la perspectiva de la Casa Blanca, Katie McGinty afirma que “la oposición a hacer cualquier cosa contra el cambio climático viene de aquellos que en la colina del Capitolio [sede del legislativo estadounidense] están a las órdenes de los contaminadores en todos los asuntos ambientales”. El comportamiento del Congreso (de mayoría republicana) es denostado por todos los encargados de campañas ambientales, que lo tachan de “cavernícola”, “indignante”, y “a la derecha de la mayoría de las empresas del país”, lo cual es realmente decir mucho.

La atmósfera general cuando se trata el tema en el Congreso es de histeria. De acuerdo con Daphne Wysham, investigadora del Instituto de Estudios Políticos (Washington) y coordinadora de la Red de Economía y Energía Sostenibles, “el cambio climático es como el nuevo comunismo: me han dicho funcionarios del departamento del tesoro que no podemos mencionar las palabras cambio climático en una comunicación al congreso sobre apropiaciones para el Banco Mundial; de hacerlo, se rechazaría”.

Los republicanos en particular han librado una guerra de desgaste sistemática contra la Administración con motivo de la presentación de casi todas las leyes significativas para reducir las emisiones de gases de invernadero, y, al ser la mayoría, han vencido casi siempre. El congreso bajo control republicano ha impedido que la Administración requiera a los fabricantes que fabriquen vehículos más seguros por medio del aumento de las normas de consumo de combustibles (que han permanecido al mismo nivel más o menos, desde 1978). También bloqueó el aumento del impuesto sobre la energía que quería implantar la Administración, así como el incremento, hasta 3.600 millones de dólares, de las inversiones en tecnologías de eficiencia energética que la Casa Blanca solicitó en el presupuesto de 1999. El acto más importante de subversión legislativa es la resolución Byrd-Hagel, aprobada por unanimidad por el Senado (95 votos a favor, 0 en contra), en junio de 1997. La resolución impide la ratificación del protocolo de Kioto, al estipular que cualquier protocolo de las Naciones Unidas sobre cambio climático que no incluyera “un calendario de compromi-

tos de limitación o reducción de emisiones de gases de invernadero para los países en vías de desarrollo dentro del mismo periodo de cumplimiento” y que “provocara un perjuicio serio a la economía de EE UU” sería inaceptable. Puesto que los países en vías de desarrollo se niegan a imponer límites o a reducir sus emisiones porque quieren que el mundo industrializado comience primero, el Senado de EE UU no ratificara el protocolo de Kioto. Más de dos años después, la situación apenas ha cambiado.

Al Gore describe la actitud del Congreso frente al tema como: “no saber nada, no hacer nada, no decir nada”.



El senador republicano Chuck Hagel.

Uno de los practicantes sobresalientes de esta forma de actuar es el senador republicano por Nebraska Chuck Hagel, coautor de la resolución Byrd-Hagel.

“No acepto la teoría” -me dijo el senador Hagel- “de que las emisiones de gases de invernadero de origen humano llevarán a nuestro mundo a un desastre climático mundial; esto es una locura total, sin probar históricamente; no tiene sentido”. No acepta las leyes básicas de la física que dicen que si un gas que atrapa el calor como el CO<sub>2</sub> se libera a la atmósfera, habrá retención de calor. “No se ha probado que sea el caso”, afirma. Tampoco acepta que las temperaturas en el mundo hayan subido -“No ha habido cambio”, dice. Al mismo

tiempo que rechaza la importancia del hecho de que los científicos que comparten su opinión estén en clara minoría, Hagel gusta de recordar que sus opiniones las mantienen “miles de meteorólogos, geólogos y físicos”. Por desgracia para la credibilidad de Hagel, los miles de científicos a los que se refiere fueron los que firmaron una “petición sobre el cambio climático”; en la lista hay muchos falsos científicos, incluyendo todos los médicos de la serie M.A.S.H. y una de las Spice Girls, que difícilmente podrían competir por el Nobel de física. El puñado de científicos más genuinos que restan son notorios por su parcialidad, al trabajar para la industria de los combustibles fósiles y recibir dinero de ella. Empero, Hagel rechaza estos hechos como “simplemente tonterías”. En cualquier caso, sólo para cubrirse las espaldas, mantiene que “es mucho mejor que el mundo se caliente un poco que se enfríe un poco”.

Cuando no es la ciencia lo que el senador Hagel pone en duda, es el aspecto económico de las acciones que hay que tomar. Pero mientras la ciencia del cambio climático ya no puede ser puesta en duda por más tiempo, es probable que sea la economía del asunto lo que determine el porvenir y el alcance de la acción política de EE UU para afrontarlo. La opinión del Congreso a este respecto debe, por lo tanto, ser tomada más seriamente, y hasta ahora no ha sido alentadora.

Para el senador Hagel, incluso la reducción nominal del 7% en las emisiones de gases de invernadero firmada por los EE UU requeriría “una acción enormemente drástica”, que “destruiría nuestra economía”. Esta creencia está basada en dos suposiciones principales. La primera es que la única forma de lograr tales recortes es aumentando los impuestos sobre la energía, y la segunda, que bajo el protocolo de Kioto “estaríamos sometidos a requerimientos obligatorios en los EE UU, mientras China, México y otras 132 naciones, no”. Esta combinación, sostiene Hagel, pondría a EE UU en una desventaja competitiva terrible. Basado en estas razones, Hagel afirma que “todos los estudios económicos muestran un daño tremendo a nuestra economía al abandonar las industrias los EE UU”. Como resultado, sostiene que los EE UU “perderán cientos de miles de puestos de trabajo”.

Estos argumentos, totalmente simplistas y discutibles, Uevan a la conclusión de que el gobierno no debería en

modo alguno intentar que las industrias redujeran sus emisiones de gases de invernadero. La preocupación fundamental de Hagel son las prioridades a corto plazo de la industria, y no los intereses de sus propios electores en el estado agrícola de Nebraska, que perderían mucho más en el caso de inacción frente al cambio climático (debido a los eventos meteorológicos extremos y a las sequías que podrían acompañarlo) que en el caso de que se tomara cualquier medida para prevenirlo.

### Los motivos del Congreso

La opinión pública de EE UU no coincide con la del Congreso en el tema del cambio climático. La gente puede percibir que el clima no es el mismo que era. De acuerdo con una encuesta hecha pública en octubre de 1998 por el WWF, el 57% de los estadounidenses creen que el cambio climático se está dando ya, el 79% apoyan el acuerdo de Kioto para reducir las emisiones de los gases de invernadero, y más de dos tercios piensan que EE UU debería actuar ya de forma unilateral para reducir las emisiones de CO<sub>2</sub>, independientemente de lo que piensen los científicos. Pero Hagel cree que las encuestas no deben tomarse muy en serio, especialmente porque "la gente no sabe lo que dice el protocolo de Kioto", añadiendo, y esto es revelador: "incluso la mayoría de mis colegas no saben lo que dice el protocolo". Añade, además: "yo no he venido aquí a hacer política basada en encuestas".

Parece que muchos congresistas vinieron a Washington con objetivos muy diferentes. De acuerdo con Blackwelder, la mayoría de los republicanos quieren simplemente acabar con Clinton, y "creen que deben combatir cualquier cosa que haga, puesto que, de no ser así, contribuiría a mantener a una mala persona en el cargo". Su oposición se basa también en un temor a la pérdida de soberanía nacional, al control gubernamental y en una mentalidad que entiende la libertad únicamente como una ausencia de restricciones. Esta libertad está simbolizada en concreto por un acceso sin límites al automóvil y a la gasolina barata, y por el derecho de hacer negocios como uno quiera. Para tales derechistas, la toma de medidas para prevenir el cambio climático se percibe como un atentado fundamental a su libertad, y parece como si ellos prefirieran correr todos los riesgos de un cambio en el clima antes que doblegarse ante dichas medidas.

Pero existe un aspecto aún más insidioso del sistema político estadounidense que, antes que todos los demás, explica la oposición del Congreso a tomar medidas contra el cambio climático. Es, por supuesto, el voraz apetito de dinero del sistema electoral de EE UU. Los congresistas se enfrentan a una elección cada dos años, y los senadores, cada seis; mucho del dinero que financia estas campañas interminables proviene, claro está, de industrias que producen y consumen combustibles fósiles.

Es un hecho aceptado que los republicanos de ambas cámaras (y también, aunque menos, los demócratas), reciben millones de dólares cada año de industrias muy intensivas en energía como las petroleras, gasistas, carboneras, automovilísticas, eléctricas y otras. Sólo en 1997-1998, las compañías del petróleo, carbón, gas y eléctricas, gastaron 9,4 millones de dólares en contribuciones a los *Comités de Acción Política*. El senador Byrd, por ejemplo, representa al estado carbonero de Virginia Occidental, y recibió, sólo en 1996, 199.700 dólares de

industrias relacionadas con los combustibles fósiles, principalmente de la industria del carbón. El propio senador Hagel recibió 148.000 dólares de compañías con intereses en los combustibles fósiles en 1996. Además de ser auténticos sobornos en ciertos casos, los donativos para campañas dan siempre a los donantes empresariales un acceso sin igual a los funcionarios públicos, acceso que es usado para influir y configurar la política pública. A cambio de una pequeña inversión de 63,4 millones de dólares ingresada en los cofres de los dos principales partidos estadounidenses, la élite de la energía recibe unos enormes beneficios en subsidios federales directos y en obstrucción de normas que les perjudiquen en las dos cámaras legislativas.

### Perspectivas de cambio

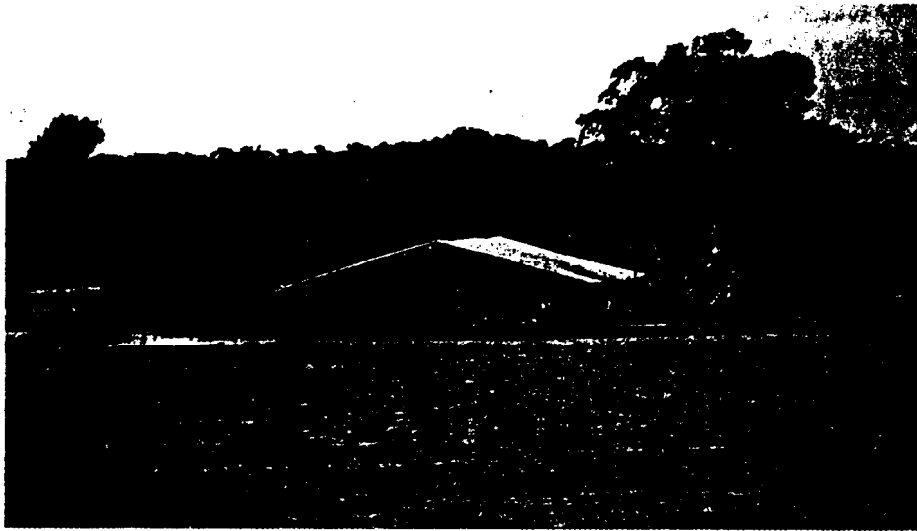
¿Qué esperanza hay? ¿Cuáles son las perspectivas de que los EE UU respondan en el futuro lo bastante deprisa y lo bastante decididamente a este gravísimo problema? Mucho depende de la capacidad de los grupos ecologistas para hacer un trabajo mejor que el hecho hasta ahora para movilizar a la opinión pública, a fin de generar una presión popular suficiente para obligar a la clase política y empresarial a cambiar su forma de hacer las cosas. Porque, como vanos senadores han reconocido, la clase política no podrá contrarrestar la influencia del grupo de presión de los combustibles fósiles en el Congreso sin mucho más apoyo popular. Sin embargo, las probabilidades de que esto ocurra a tiempo son pequeñas; como dice Blackwelder; "quizá de un 10%".

La perspectiva de un cambio de dirección importante en este tema por parte de la clase política de EE UU es pequeña a corto plazo. Al Gore será candidato a presidente en 2000, y es probable que los republicanos le ataquen por sus posturas en temas ambientales; por ello, no parece claro que Gore mantenga su postura sobre el cambio climático si ello le hace perder votos. Sin embargo, si la elección la venciera un republicano, las consecuencias para el progreso en el tema del cambio climático serían desastrosas, sin lugar a dudas. Incluso un moderado como Bush está muy ligado al petróleo, y es sumamente improbable que hiciera avanzar la cuestión. Gore haría más, sin duda, pero ¿se podría confiar en él para hacer lo necesario?

Mientras puede confiarse en que Al Gore muestre idéntico celo que Clinton en expandir aún más la economía glo-

En conclusión, señor presidente, en Exxon pensamos que la pervivencia humana puede no ser económicamente interesante".





Con el cambio climático cada vez habrá más inundaciones. Foto: GREGORIO ÁLVARO

ba!, Jennifer Morgan del WWF argumenta que Gore es probable que se muestre “menos tímido” que Clinton frente a los intereses ocultos de los combustibles fósiles. “Al Gore”, dice ella, “ha empleado una buena parte de su vida comprendiendo el problema de! cambio climático y queriendo sacar adelante el tema, por 10 que si llega a presidente, partirá de un nivel mucho más alto que Clinton”. Morgan cree que la credibilidad de Gore esta en juego en esta cuestión, “y por ello, la probabilidad de acción es mayor”. Existe, por 10 tanto, una posibilidad de que se dé un gran impulso, con un uso inteligente de la tribuna presidencial para influir sobre la opinión pública.

A pesar de lo anterior, es imposible exagerar las dificultades. A! menos durante un año, no existe ninguna posibilidad de que la Administración envíe el protocolo de Kioto a! Senado para su ratificación. El protocolo sólo se enviara, en palabras de Sandalow “cuando tengamos una participación significativa de los países en vías de desarrollo y unas reglas adecuadas para el comercio de emisiones y los sumideros”. Y ello podría no ocurrir por algún tiempo. Además, Sandalow es inexorable al afirmar que el Congreso “no va a cambiar a corto plazo su larga tradición de fuerte oposición a un aumento en el impuesto sobre la gasolina”.

La Administración se muestra decidida, el menos de palabra, a persuadir a! Congreso y a la industria. Hasta el momento, empero, las acciones de la elite política estadounidense dan escasas muestras de que dicha élite aprecie la urgencia y la naturaleza revolucionaria de la tarea que les aguarda. Las siguientes consideraciones suenan demasiado ciertas: “Pequeños cambios de política, ajustes marginales en programas en eje-

cución, mejoras moderadas en leyes y regulaciones, retórica en vez de cambio verdadero: todo ello son formas de apaciguamiento, ideadas para satisfacer el deseo que tiene el público de creer que el sacrificio, la lucha y una transformación radical de la sociedad no serán necesarios”. Estas palabras no las escribió un extremista melencólico, sino Al Gore en 1992 (año en que Clinton y él ganaron por vez primera las elecciones).

¿Qué ha ocurrido con este grito de guerra de Gore? Si él y Clinton aprecian realmente los peligros que acechan en el futuro y también las oportunidades, ¿por qué seguir permitiendo que los miopes economistas conservadores y los miopes empresarios dispongan ta! ritmo tremendamente lento de cambio? ¿Dónde esta

la dosis de compromiso, liderazgo y valor para combatir los intereses ocultos? E! gobierno, por cierto, existe para defender los intereses de todos, no sólo de los ejecutivos, un principio que el Congreso republicano en particular parece, o haber olvidado, o despreciar absolutamente. Obsesionados por asegurar que los cheques de los empresarios sigan llegando, y también con el sexo de! presidente y otras trivialidades por el estilo, demasiado estúpidos y miopes para comprender 10 que significa el cambio climático, todas las señales indican que sus señorías seguirán con la postura de! avestruz cuando suba la marea.

Si los gigantes de! petróleo de EE UU continúan usando su riqueza sin par para bloquear una transición a una economía sostenible, podrían estar firmando también sus peticiones de bancarrota, porque la biosfera es algo que no puede ni comprarse ni negociarse. Si escogieran arruinarse a sí mismos por continuar ignorando que las dificultades para cambiar no serán nada en comparación con los costes de no cambiar, allá ellos. Pero tanto los caudillos políticos como empresariales parecen olvidar que no están solos en el planeta: todos ellos tienen hijos. Por ellos, si no por otras razones, deberían apartar su miedo a! cambio, y con un decidido liderazgo de! mas alto cargo en la tierra y de los líderes desconocidos de! movimiento ecologista, ellos y el público podrían convertirse en aliados de la reforma, y prevenir un cambio climático grave. ☉

## Mundialización y Cambio Climático

La globalización económica va a ir acompañada con toda seguridad y en todas partes a la dependencia de alimentos y otros productos de mercados lejanos; ello aumentará la distancia que deberá recorrerse para muchos productos, con lo que aumentarán las emisiones de gases del transporte. También aumentará enormemente la vulnerabilidad de los países individuales a las necesidades de la competitividad global. Esto obliga a todos los países a producir para exportar más que para ellos mismos, con lo que se da la razón a los que argumentan que los EE UU perderán competitividad si toman medidas domésticas de reducción de emisiones. En un sistema económico como éste, las presiones para bajar las normas ambientales y bajar los estándares de protección de los gobiernos que intentan las normas ambientales, y bajar los estándares de protección de los gobiernos que intentan las normas ambientales, se ven permitidos a las empresas externalizar sus costes ambientales (es decir, externalizar los costes ambientales) mucho más libremente que los países por sí mismos.

La globalización económica está causando la proliferación en todo el mundo de tecnologías y métodos de cultivo intensivos en el uso de combustibles fósiles, y con la enorme presión para exportar, está haciendo desaparecer bosques que son vitales como sumideros de carbono; todo esto sólo puede exacerbar el cambio climático. Ciertamente, si la Administración Clinton consigue introducir el Acuerdo sobre Tala Lenta (que suprime todos los aranceles sobre los productos forestales) y la Organización Mundial del Comercio, ello aceleraría la deforestación en todo el mundo.